

Como ocurre en la casi totalidad de los países del Tercer Mundo, la economía dominicana no está planificada para servir al bienestar de la población, sino para satisfacer las exigencias e intereses extranjeros, específicamente los de los Estados Unidos.

Esta situación, conocida como relación de dependencia, se inició desde el momento mismo del descubrimiento y la conquista. La isla recién descubierta se convirtió en la abastecedora de materias primas y de metales preciosos que aumentaron las riquezas de la nobleza de España y, a través de ésta, contribuyeron a la acumulación de capitales y al desarrollo del capitalismo en otros países de Europa.

La historia posterior no ha variado mucho. De ahí que pueda afirmarse que la República Dominicana ha jugado siempre el papel de suplidora de materias primas baratas para la industria de los países desarrollados que logran, por este medio, bajar los costos de producción de las mercancías y obtener mayores beneficios.

Este papel que se conoce como división internacional del trabajo (los países pobres ofrecen materias primas y los países ricos las convierten en mercancías) ha determinado una forma de economía basada en la exportación de productos agrícolas. Es decir, producimos café, azúcar, cacao y tabaco, principalmente, para venderlos en el extranjero a precios que el propio país no establece sino que son fijados por la demanda de los países desarrollados, que son los compradores.

Este modelo económico (producir materias primas para el mercado internacional) se afianzó durante la dictadura de Rafael Leonidas Trujillo. Para lograrlo, el régimen debió arrancar a grandes cantidades de campesinos de las tierras que poseían; tierras que fueron a parar a muy pocas manos, dándose inicio a un proceso de concentración de la tierra que convirtió a nuestro país en un país de grandes latifundios.